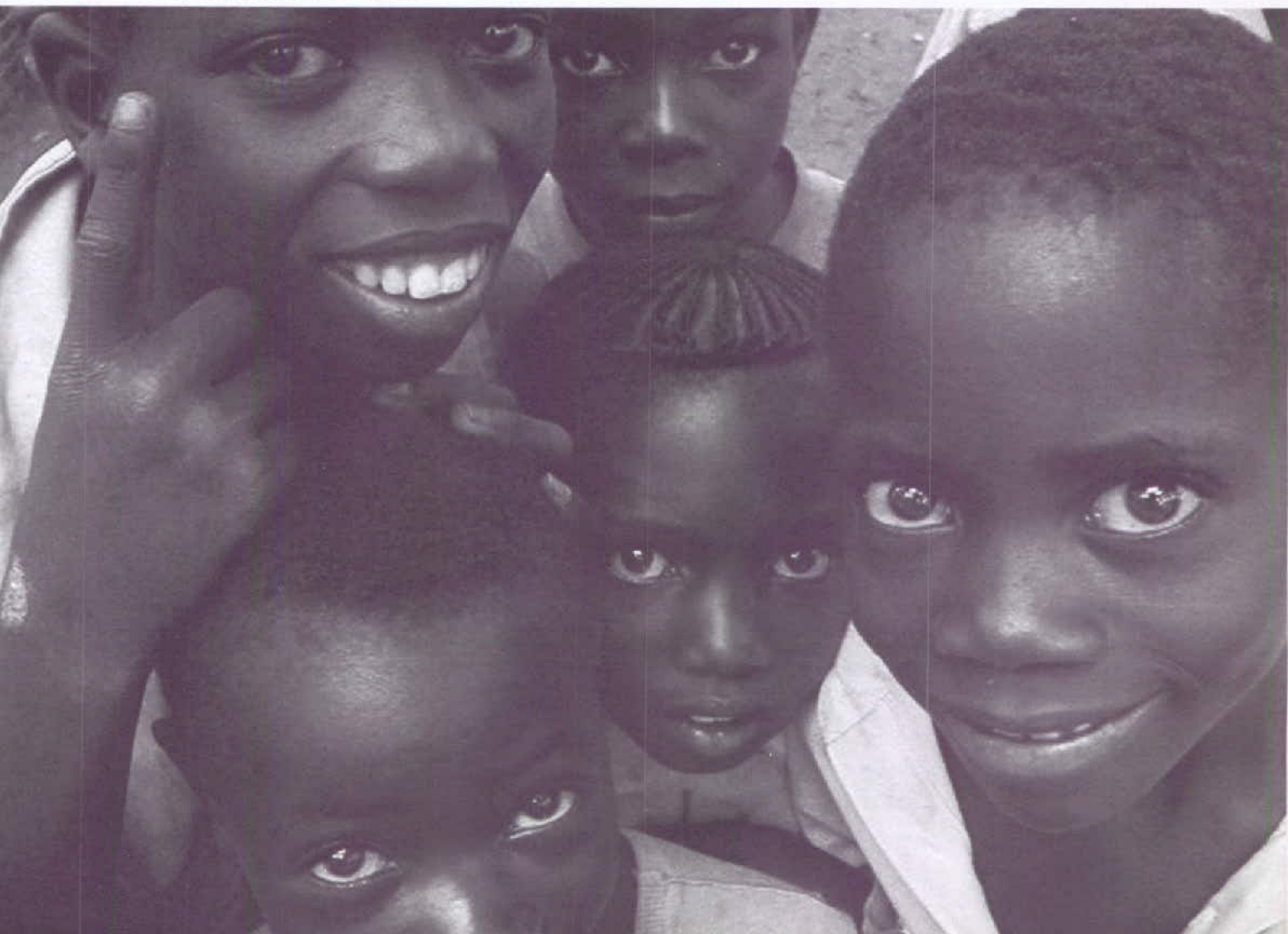


Hay numerosas historias de hostigamiento teledirigido desde arriba contra los refugiados que intentan establecerse en las ciudades, porque son ellos mismos población urbana y no tienen otra manera de reconstruir sus vidas. Y abundan también las historias de acogida y comprensión por parte de los zambianos de a pie que no han sido tocados por la propaganda xenófoba

RAÚL GONZÁLEZ FABRE, S.J.

# Refugiados en Africa

FOTO: SERVICIO JESUITA DE REFUGIADOS



Una buena parte de mi trabajo desde hace dos años consiste en conocer historias de refugiados en Zambia, donde vivo. El país alberga unos 280.000 refugiados principalmente de Angola, Congo, Ruanda, Burundi y Somalia. Y siguen llegando, conforme la guerra en Angola y las atrocidades en el Este del Congo recrudecen. Sólo en la semana de Navidad, Meheba, el mayor asentamiento de refugiados de Zambia, recibió otro millar.

Las historias de refugiados comienzan con el desastre que les arrancó de su vida normal. Las atrocidades parecen no conocer límite en estas guerras interminables, cuidadosamente alimentadas desde Occidente. Entre los llegados en los últimos meses a Nangweshi Camp, donde también trabajamos, hay unos trescientos a quienes les falta una pierna. La particularidad de esta última oleada es que además de las habituales mutilaciones por heridas de guerra y minas antipersonales, hay un buen número de amputaciones frescas a machete. Los militares quisieron marcar su huella antes de dejar salir de Angola a quienes perciben como partidarios de los rebeldes. Y así en las historias de cada grupo: asesinatos, torturas, violaciones, desapariciones, bombardeos de poblaciones civiles, saqueos de lo poco que un campesino africano pueda poseer... Muy pocas familias llegan completas: dejan ir tal vez a las mujeres, los niños, los ancianos y los minusválidos. Los varones adultos son frecuentemente tragados por la guerra. La guerra de Angola se paga con petróleo del lado del Gobierno y con diamantes del lado de Unita. Ni los compradores de materias primas, ni los vendedores de armas son africanos, sino bien conocidas corporaciones del Primer Mundo, que en sus países de origen sin duda desarrollan lindas campañas ecológicas y reparten juguetes a los huérfanos por Navidad, mientras financian políticos para asegurarse de que ninguna resolución de Naciones Unidas será efectiva.

Al desastre le sigue la huida hacia Zambia, a través de las sabanas, los bosques o los lagos. No hay tiempo para llorar a los que se perdieron o mirar hacia atrás cuando se trata de salvar la vida. He conocido niños que sólo cayeron en la cuenta de que no volverían a ver a su padre mientras

hablaban con nosotros. La huida es tiempo de muerte. Esquivando a los combatientes, comiendo lo que pudieran llevar consigo o lo que el terreno dé, sin atención médica ninguna, sólo los más fuertes o los más afortunados alcanzan Zambia.

### Un país abierto a los refugiados

Este es un país de fronteras abiertas a los refugiados, hay que decir en su honor. A un venezolano acostumbrado a las mil y una triquiñuelas de nuestros gobiernos para deshacerse de cuanta víctima de la guerra nos llegue de Colombia, no puede dejar de impresionarle que nadie sea rechazado en las fronteras de Zambia, que a todos se les permita pedir asilo y a todos los no-combatientes se les conceda automáticamente. Esta apertura sigue antiguas tradiciones de hospitalidad. En dos años no hemos recibido una sola queja de abusos por parte de la policía o el ejército en la frontera. He preguntado a amigos zambianos cómo es eso, si los policías y militares ganan una miseria en Zambia y aquí hay corrupción que los refugiados que llevan tiempo en el país sufren no menos que los demás. La respuesta fue directa: "eso no se hace a quien justo llega a tu casa buscando refugio".

Alcanzar Zambia no es el fin de la odisea para muchos refugiados. Si llegan por la frontera oeste, como los angolanos, pueden tener que caminar todavía otros noventa o cien kilómetros antes de encontrar asistencia oficial. El Estado Zambiano cubre muy poco la ribera oeste del río Zambezi, que es además la región más pobre del país, arenosa y prácticamente despoblada. ACNUR y las agencias que trabajan para ellos tienen la mayor parte de los puntos de asistencia sobre el río mismo, por alguna misteriosa razón que aún estamos intentando descubrir. Los más débiles mueren en el camino entre la frontera y el río dentro de Zambia, donde ya no hay otro peligro que el agotamiento, las enfermedades y el hambre. La solidaridad internacional parece que no da para algunos camiones: deben de estar todos en Afganistán, cerquita de las cámaras de televisión. El poco transporte disponible es provisto por las misiones de la región, que tienen

**La ayuda internacional ha fallado miserablemente a lo largo del año 2001. Más de 90.000 personas han estado a media ración, esto es, recibiendo 1.000 calorías por día (en maíz, frijoles, aceite y sal)**



que estiran sus recursos ya muy comprometidos en ayudar a los más pobres de los zambianos en un año de hambre debido a las inundaciones. Los zambianos a menudo comparten su comida con los recién llegados, incluso les ofrecen tierra para que se queden en sus poblados si pertenecen a tribus con lazos históricos. Y a veces a los zambianos mismos les toca escapar cuando el ejército de Angola hace incursiones contra Zambia.

Este es un país muy pobre, el único en el mundo que ha visto disminuir su Índice de Desarrollo Humano desde que ese indicador empezó a calcularse en los años '70. El único recurso que el país tiene en abundancia, tierra, se le ofrece a los refugiados, la mayoría de los cuales son de proveniencia rural. Pero antes de que puedan ajustarse a la tierra y producir cosechas aceptables de las que vivir, pasan meses en los que los refugiados dependen de la ayuda alimentaria. En algunas regiones del país no es posible asignar tierra porque la población local está ocupándola toda. Entre una cosa y otra, el Programa Alimentario Mundial de Naciones Unidas tiene que alimentar a unos 100.000 refugiados en Zambia.

#### **La ayuda internacional y sus fallas**

Depender de una operación internacional para comer es malo, muy malo. La comida sólo llegará si una cadena que empieza en el escritorio de un político del Primer Mundo y termina en un centro de distribución de raciones, funciona perfectamente. Cualquier retraso, corrupción, ineficiencia, termina en hambre. La ayuda internacional ha fallado miserablemente a lo largo del año 2001. En mayo tuvimos motines en algunos campos, con varias personas muertas, simplemente porque los países ricos no dieron nada. Por meses, más de 90.000 personas han estado a media

ración, esto es, recibiendo 1.000 calorías por día (en maíz, frijoles, aceite y sal). En el momento en que escribo nos reportan que la media ración durará al menos un mes más. Las agencias médicas reportan incremento de la desnutrición sobre el ya precario estado en que la gente llegó. Un barco con maíz viene de Estados Unidos, y se espera que ello permitirá reconstruir los stocks. Lamentablemente el país más rico del mundo, cuyas reservas alimentarias están saturadas hasta el punto de que el almacenaje de lo que por ley tienen que comprarles a sus agricultores es un verdadero problema, sólo ha podido enviar a Zambia maíz amarillo. Maíz amarillo es el que en Africa (y en Estados Unidos) comen los animales. Y el envío lo han hecho tarde: en vez de llegar en septiembre, llegará en febrero, cuando las lluvias habrán hecho impasables para camiones muchas de las vías que llevan a los campos de refugiados. El mensaje está claro, aunque podía ser peor y dejarlos morir a todos, como parece que puede ocurrirle a un millón de angoleños dentro de su propio país en los próximos meses. Al menos los americanos envían maíz, siquiera sea amarillo. Otros países muy ricos y con intereses en Zambia, ni eso. El Gobierno de Zambia ayuda prestando sus propios stocks de maíz para los refugiados. Pero en este momento ello no es posible porque entre la corrupción en año electoral y el socorro prestado a las víctimas locales de las inundaciones, los silos del Estado están vacíos.

Además de estas historias, como las que nos daría un reportaje televisivo, hay también otras más calladas de las que somos testigos. Historias alrededor del propósito central de un refugiado: reconstruir la vida. De ello hablan los cultivos de Meheba, ahora el principal centro agrícola de la región noroeste de Zambia; las iglesias que proliferan en los campos y asenta-

mientos conforme los refugiados rearticulan sus comunidades, siempre en torno a la fe; los esfuerzos por encontrar a los miembros perdidos de la familia; los padres enviando a sus niños a escuelas bajo los árboles, en las que los maestros son refugiados; los intentos contra viento y marea de quienes vienen de áreas urbanas para establecerse en las ciudades zambianas; las bodas y los nacimientos que orientan la mirada hacia el futuro... en suma, la impresionante resistencia de los pobres que no se resignan al papel de víctimas sino que quieren ser creadores de sus vidas.

El contexto no ayuda. Zambia no sólo es un país infradesarrollado. Su legislación, tan abierta para recibir refugiados, una vez dentro del país los pone bajo un régimen semejante al *apartheid*: no pueden moverse afuera de los campos ni trabajar sin permisos muy difíciles de obtener. Los que rompen estas reglas pueden pasar meses en la cárcel sin juicio ni sentencia. Ni el Gobierno, ni ACNUR, están facilitando a los refugiados las cédulas de identidad a las que tienen derecho según la ley. Sólo el 3% de los refugiados tiene papeles que demuestren su estatus en el país. Los demás, si salen de los asentamientos o campos, están a merced de cualquier abuso. Es el caso de Elisama Tabán, un sudanés al que conocimos en la cárcel hace unos años, cuando fue detenido como indocumentado poco después de entrar en el país. Después de pasar allí tres años, en el 2000 se consiguió su reconocimiento como refugiado. Fue enviado a Meheba, donde hay una pequeña colonia de sudaneses. En septiembre pasado quiso ir a visitar a unos amigos en Kitwe, la segunda ciudad de Zambia. Pese a contar con permiso para ello, en el camino fue detenido por la Policía, que lo deportó al Congo. La razón: no tenía papeles para demostrar que era un refugiado legal-



mente reconocido. Fue demasiado para él, que ya venía traumatizado por el largo período de prisión sin crimen. Los congoleños no le trataron mal. A falta de sitio donde ponerlo, lo alojaron en el cuartel de la Policía civil como huésped, mientras ACNUR se hacía cargo del caso. Las semanas pasaron y el dossier se estancó en la pasividad burocrática. Tabán se suicidó con el revólver que un policía había dejado sobre la mesa. Sus amigos le lloramos, porque habíamos peleado mucho por él.

Como cualquier régimen de *apartheid*, el de los refugiados en Zambia hace fácil la demagogia xenófoba. El extranjero es siempre candidato a culpable de los males nacionales, como sabemos bien por ciertas opiniones corrientes en Venezuela. Pero la cosa empeora cuando no hay convivencia que permita deshacer los prejuicios. Zambia atraviesa momentos muy difíciles desde el punto de vista económico y social. Los servicios básicos se han desplomado merced a diez años de ajuste estructural guiado por el Fondo Monetario Internacional. Los refugiados son genéricamente culpados de copar las facilidades sanitarias y educativas, pese a que no pueden hacerlo porque viven forzosamente separados de los zambianos. La criminalidad se ha incrementado como consecuencia de la destrucción del tejido social por el desempleo urbano, la erosión de las comunidades tradicionales, y el SIDA. Los refugiados son genéricamente culpados de introducir armas en el país y de organizar bandas criminales, pese a que son civiles desarmados y a que hay proporcionalmente muchos menos refugiados que zambianos en prisión por crímenes. Los políticos y la prensa tratan de esta manera de desviar la atención sobre las verdaderas raíces de los males nacionales, usando el viejo truco de culpar a otro, preferiblemente sin capacidad de defenderse.



FOTO: SERVICIO JESUITA DE REFUGIADOS

Hay pues numerosas historias de hostigamiento teledirigido desde arriba contra los refugiados que intentan establecerse en las ciudades, porque son ellos mismos población urbana y no tienen otra manera de reconstruir sus vidas. Y abundan también las historias de acogida y comprensión por parte de los zambianos de a pie que no han sido tocados por la propaganda xenófoba, sino que conservan los valores fundamentales de su cultura. A lo largo del pasado año hemos conversado en talleres y seminarios sobre esta materia con algunos cientos de zambianos. De ahí sabemos que las actitudes compasivas y solidarias hacen una considerable mayoría, particularmente entre quienes están de alguna manera comprometidos como cristianos. No en vano el templo más cercano, no importa si católico o evangélico, es el primer sitio al que se acerca un refugiado cuando está en problemas. Una vez explicada la situación, no hemos encontrado un solo sacerdote, religiosa, pastor o catequista que no ofreciera su apoyo a fin de obtener mejores condiciones de integración para los refugiados en Zambia, de manera que puedan reconstruir sus vidas en paz. Esto incluso a nivel oficial: las directivas de la Conferencia Episcopal, el Consejo Cristiano, y la Asociación Evangélica, han formado un grupo de trabajo para combatir la xenofobia desde las

iglesias y para promover nueva legislación en la materia. El pueblo de Zambia sufre graves problemas que afectan su sobrevivencia misma, pero los dirigentes eclesiales intuyen que la calidad moral del país se juega mucho en cómo se trate a los que se encuentran todavía peor. El Evangelio está vivo en Zambia.

La durísima experiencia de ser refugiado en Africa pone a prueba lo que hay dentro de la persona. No hay duda que la necesidad de sobrevivir en entornos tan adversos sin apoyo familiar o comunitario, empuja hacia actos de miseria moral que no nos tentarían a los que siempre hemos tenido la vida fácil. De esto hemos sabido casos, y debe haber muchos más. Sin embargo, he conocido también a tantos y tantos refugiados que mantienen la integridad, acrecientan la fe y toman sobre sí la suerte de otros más débiles, que no sé bien si ello se debe a alguna cualidad especial de las culturas africanas o a la asistencia personal de Dios a sus hijos más pobres. Seguramente ambas cosas.

**RAÚL GONZÁLEZ FABRE, S.J.**

DR. EN FILOSOFÍA. MIEMBRO DEL SERVICIO DE JESUITAS A LOS REFUGIADOS EN ZAMBIA.